

Saskia

# ROURES NAVARRO

Conservatorio Superior de Música de Aragón



## DAROCA,

RELATO DE UN VIAJE INICIÁTICO  
CON TOQUES NOVELESCOS







Junio de 1990 nos saludaba, con mueca torcida y socarrona, sonrisa capciosa que sin palabras te dice: «Te vas a enterar tú de lo que vale un peine»; nos saludaba, cual reina de las fiestas, y entraba en escena avanzando con paso firme, llevándonos, una vez más, a un tórrido verano zaragozano. La situación todavía se volvía más angustiosa si, además, tu pierna derecha gozaba de una decoración cálcica, fruto de haber derrochado un exceso de pasión en el examen de salto de vallas durante una de las clases de gimnasia de primero de BUP.

Allí estaba yo, con mi escayola y mis muletas, sudando la gota gorda y entrando en un aula de San Miguel, 32, dispuesta a intentar superar mi examen libre de quinto de piano. Y allí estaba él, don José Luis González Uriol, miembro del tribunal examinador a quien yo todavía no tenía el gusto de conocer. Imagino que la situación debió de ser bastante chistosa; tocando con percusión de fondo, esa que produce el choque de la dichosa escayola con el pedal. En fin, conociendo como ahora conozco a José Luis, supongo que tuvo que hacer muchos esfuerzos por no reír a carcajada limpia, puesto que la escena debió de tener su punto guasón.

El examen pasó, con más pena que gloria. Un rato después andaba yo por los alrededores del edificio del Conservatorio y volvía a cruzarme con el mencionado examinador, entablando con él esta conversación:

- Muy buenas, soy José Luis González Uriol, profesor de Órgano y Clave. Acabo de estar en tu tribunal.
- ¡Ah!, sí, muy buenas, ¿qué tal? Le recuerdo.
- Chatica, me ha gustado mucho cómo has tocado Bach.
- ¡Oh!, vaya, muchísimas gracias.
- ¿No has pensado en estudiar órgano y clave?
- Esto... vaya... pues... no se me ha pasado nunca por la cabeza...

Así, tras una cordial despedida y con cierta estupefacción por mi parte, concluyó nuestro primer encuentro. Lo sucedido dice mucho del espíritu y del *ars operandi* de José Luis. Siempre luchando, echando el ojo (¡y el oído!) a los posibles candidatos, localizando a los miembros de esa rara especie, *rara avis*, a esos posibles futuribles para, como decimos por estos lares, llevarlos al «lado oscuro».

Un año después, el destino quiso que, afortunadamente, el asunto del órgano volviera a estar presente en mi vida. Era junio del 91 cuando mi profesora de música del Instituto Miguel Servet, Mamen Martínez, me habló de un curso de verano de Música antigua que se celebraba cada agosto en Daroca y me animó a asistir como oyente en la

especialidad de órgano. Por aquel entonces esta lechuguina adolescente no se cuestionaba especialmente las cosas; imagino que me movió la curiosidad y, probablemente, la empatía que sentía por el repertorio más antiguo que estudiábamos en piano (Bach, Soler y Scarlatti). Sin más, siguiendo las recomendaciones de mi querida profesora, decidí inscribirme. Huelga decir que Mamen fue, es y será una activista de la música antigua, siendo, además, la esposa de Luis Antonio González Marín, director de Los Músicos de Su Alteza.

Llegó agosto y en Daroca me planté. A nuestra llegada teníamos que acudir a la Casa de Cultura para terminar de gestionar el tema de la matrícula. Había cola y me tocó esperar detrás de una chica de más o menos mi edad que resultó ser Silvia Márquez quien, desde ese mismo instante y a día de hoy, se ha convertido en mi «compañera de batallas». Así, esta pareja de pipiolas se dirigió al acto de bienvenida que daría el pistoletazo de salida al XIII Curso y Festival Internacional de Música Antigua de Daroca. Allí nos recibieron don Pedro Calahorra y don José Luis González Uriol, ambos con sendas sonrisas dibujadas en sus rostros. Tras las palabras se dio paso a la tortilla de patata y a la hidratación del «garganchón». El ambiente era festivo y relajado; además, había gente de muy diversas partes del mundo, compañeros que no desaprovecharon la ocasión para empezar a hacer sonar los instrumentos: ¡serpentones, chirimías, sacabuches y cornetos!, instrumentos rarísimos que no había visto antes en mi vida. Para mí fue una gran sorpresa, un viaje a otra época, estaba fascinada, ¡y el curso solo había comenzado!

A la mañana siguiente comenzaban las clases en la iglesia de Santo Domingo. Por aquel entonces, el órgano de la colegial todavía no había sido restaurado, aún habría que esperar quince años para poder tañerlo de nuevo. Yo estaba nerviosa, era la primera vez que me acercaba a un órgano. Recuerdo aquellos instantes como si los estuviera reviviendo ahora de nuevo. José Luis nos recibió en la puerta y sacó una llave inmensa que hizo girar a la vez que nos iba instruyendo acerca de los aspectos a tener en cuenta a la hora de entrar y salir del templo cuando lo hiciésemos solos, ¿acaso los alumnos oyentes también podríamos quedarnos? La emoción invadía mi espíritu.

La nave de Santo Domingo nos recibió en calma penumbrosa, con olor añejo, un ambiente misterioso y algo descuidado, un descuido encantador e hipnótico, impertérrito ante el paso del tiempo. La patrulla de organistas seguía en fila al maestro quien se disponía a subir al órgano a través de una escalera que... ¡madre mía, menuda escalerita! Nos alertó de que tuviéramos cuidado porque los escalones no eran muy seguros. Cada peldaño, cada crujido, cada oquedad en la madera que pisábamos permitía descontar años y siglos a un viaje en el tiempo, una cuenta atrás fascinante. En fin, todo ello no hacía más que sumar y sumar puntos a esta vivencia iniciática.

Llegamos, por fin, al órgano. El espacio era reducido, un pasillo corrido de apenas un metro de ancho por unos quince de largo en el que nos colocamos la docena de participantes. Yo me senté discretamente en la última fila de ese amontonamiento humano. Las clases dieron comienzo y aquello fue el acabose de mi felicidad. Como si de un universo paralelo se tratase, empecé a escuchar un «idioma» nuevo en el que se empleaban expresiones como «acaricia la tecla», «articula», «la ornamentación es como el arte mudéjar», «la música es como un discurso, has de construir las frases y su contenido, no puedes decir: *«concienciañonesporbandavientoenpopaatodavela»*. Todo ello, además, aderezado

con una importante cantidad de nombres de registros que, obviamente, me sonaban a chino mandarino. La embriaguez producida por la gran cantidad de información verbal ingerida fue minúscula en comparación con la fascinación de escuchar y sentir en mis propias carnes el sonido del hermoso instrumento de Santo Domingo, un ejemplar que Bartholomé Sánchez construyó en 1741 y que las sabias manos de los organeros Christine Vetter y Claudio Rainolter habían restaurado cinco años atrás, en 1986.

La semana continuó desarrollándose con una actividad musical frenética: conciertos, clases, pasacalles nocturnos, danzas, más clases. Cada vivencia era un descubrimiento de este «nuevo mundo» de la música antigua. La cosa me estaba gustando. Sin embargo, la guinda de este pastel se colocó cuando permitieron a esta alumna oyente ir a tocar una noche a Santo Domingo. Me dieron la *Danza del Acha (sic)*, una partitura perteneciente a *Flores de música*, colección compilada por Antonio Martín Coll, una pieza bastante simple de tan solo un folio para que pudiera «enredar» un rato. El enredo fue considerable, dado que estuve varias horas sacándole el jugo a esta página con todas las combinaciones de registros posibles, ¡a saber qué «mezcolanzas» haría! Me lo pasé pipa; esta creatividad de la registración, esta envidia culinaria de mezclar sonidos era lo más sabroso que mi inquieto espíritu podía recibir. Salí de Santo Domingo feliz, levitando, llena de emoción. Este nuevo instrumento había cautivado mi alma para toda mi vida; ya estaba, no había vuelta atrás.

Necesitaba contar lo que me había pasado y compartir mi emoción y felicidad con el resto de los mortales, así que me dirigí hacia el lugar de encuentros nocturnos por excelencia, el ya desaparecido Ruejo. Recuerdo que, entre otros, estaban José Luis, Javier Artigas, Chus Gonzalo López y Raúl Martín Sevillano, además de algunos compañeros del curso. Así, con brillo en los ojos, narré lo que me había sucedido y los allí asistentes comenzaron a animarme con vehemencia para cambiar mis estudios de piano por los de órgano y clave. Dicho y hecho: en septiembre tramité el cambio en mi matrícula del Conservatorio y, asimismo, cambié en el instituto mi elección de itinerario de ciencias puras a letras puras. Esto último no sé si tuvo o no relación con mi paso por Daroca, supongo que, al menos en parte, así fue.

Ese verano de 1991 cambió mi destino y le doy gracias a la vida por ello. Le doy gracias a Mamen Martínez por haberme animado a asistir al curso de Daroca y le doy gracias a José Luis González Uriol por haber logrado encender una llama que, a día de hoy, sigue chisporroteando con felicidad lisonjera.

Como no podía ser de otra forma, volví al curso. Allí conocí también a extraordinarios profesores de Clave como Jan Willem Jansen y Christine Whiffen. Con los años dejé de asistir como alumna, aunque intentaba escaparme para escuchar alguno de los estupendos conciertos programados en su festival. El tiempo, asimismo, permitió que más de veinte años después, alumnos míos subieran por las mismas escaleras de Santo Domingo para escuchar y recibir las enseñanzas del Maestro González Uriol. Permitted también que veinticinco años después, el 5 de agosto de 2016, pudiera participar en la celebración anticipada del ochenta cumpleaños de nuestro Maestro; fue un concierto incluido en el XXXIX Festival en el que tocamos una representación de sus alumnos; allí estuvimos, en el órgano de la colegial, varias generaciones acariciando las teclas con amor, cariño y,



José Luis con Cristina y Saskia Roures  
ante el Palau de la Música  
de Valencia, en mayo de 1994.  
(Fotografía González Uriol)

sobre todo, con gratitud; el ambiente en la tribuna era festivo, sintiéndose el espíritu de Clase con mayúscula. Al finalizar el concierto, José Luis dedicó unas palabras al público asistente y concluyó dándonos las gracias por haberle dejado formar parte de nuestras vidas.

Gracias a ti, querido Maestro, por todas tus enseñanzas, por habernos transmitido el amor por la música y por nuestra profesión. Gracias por haber sido más que un profesor, gracias por haber cuidado de todos nosotros, por haber sido un segundo padre. Gracias por enseñarnos siempre desde la alegría. Gracias por seguir cuidando de nosotros y del órgano en Aragón. Solo esperamos ser dignos sucesores de tan inmenso legado musical y humano.